

2018

ENSAYO AMBIENTAL SOBRE EL PARTIDO DE OLAVARRIA MARCELO SARLINGO



Sociales 30 años

Facultad de Ciencias Sociales UNICEN

Sarlingo, Marcelo

Ensayo ambiental sobre el partido de Olavarría / Marcelo Sarlingo. - la ed . -
Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2018.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-658-452-8

1. Política Ambiental. 2. Antropología Social. 3. Ecología. I. Título.
CDD 301

Facultad de Ciencias Sociales

Lic. Gabriela Gamberini (Decana)

Dra. María Gutiérrez (Vicedecana)

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

Rector: Cdor Roberto Tassara

Vicerector: Dr. Marcelo Aba

Coordinación del Área Editorial

Lic. Carolina Ferrer

Edición, diseño y diagramación de interior

Área Editorial

Imagen de portada de Dante Lartirigoyen

Contenido

Prólogo	4
Algunos conceptos imprescindibles	8
La simpleza de las miradas lineales	13
Territorio local y producción minera	13
Migraciones y sociedad	17
Los problemas del coleccionismo	24
La opacidad y la transparencia	37
La sensación de la lona mojada	66
Una oficina con cuatro personas	75
Política ambiental y procesos de toma de decisiones	78
Política ambiental y escala nacional	79
Conocimiento y reduccionismo	84
Los procesos de toma de decisiones	88
La comunicabilidad ambiental	93
La necesidad de pensar la realidad con otras categorías	96
El mandato trasnacional: cambio climático y opacidad	101
Incertidumbres	126

DATOS DEL AUTOR

MARCELO SARLINGO es antropólogo social. Nacido en Olavarría, inicialmente estudió trabajo social y se licenció en 1989 en FCH – UNICEN. Posteriormente adquirió el título de grado en antropología social en la Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría. Fue el primer graduado de la institución en el año 1993, aprobando la primera tesis producida en la FACSO y titulada “La Ciudad Inconclusa”. Se graduó como Master Scientiae en Gestión Ambiental en la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad de Mar del Plata, en el año 1998. Y se doctoró en Filosofía y Letras área Antropología Social en la FFYL-UBA. Su tesis doctoral abordó el campo de las políticas ambientales. Desarrolló actividades académicas en las áreas de ecología política, antropología médica, bioética y también en historia de las teorías antropológicas. Actualmente es docente en la FACSO, en la carrera de antropología social y en la Maestría en Antropología Social, y en la Escuela Superior Normalizada de Ciencias de la Salud, específicamente en la carrera de medicina. Es director de proyectos en el NuRES y co-director de la Maestría en Antropología Social de la UNICEN.

RESUMEN: Hace ciento cincuenta años se fundó oficialmente la ciudad de Olavarría y hace cincuenta años, en 1967, se publicaba el primer “ensayo histórico del partido de Olavarría”, obra colectiva escrita por José Arena, Alberto Valverde y Julio Cortes. Se articulaban en sus páginas una síntesis de una mirada sobre el pasado local y un discurso confiado moralmente en los beneficios del progreso y del desarrollo económico. Por aquel entonces, lo ambiental no existía aún como campo de disputas y controversias. Cinco décadas después el mundo, el país y el partido de Olavarría son algo totalmente distinto a lo esperado. Hay otros planos de la realidad local que requieren ser pensados con nuevas herramientas y hay conceptos antropológicos que resultan útiles para poder abordar algunos de estos planos. Sin duda, el análisis de lo ambiental es el plano más opacado, el de discusión más relegada, el más simplificado y reducido a la cuantificación de todos los horizontes problemáticos que enfrentamos hoy. Como aporte a la maduración de nuestra sociedad es que se elabora este ensayo.

**DEDICO ESTE TRABAJO A TODOS LOS CIUDADANOS QUE ESTUDIARON
CONFIANDO EN EL FUTURO, A LOS QUE SE HAN CAPACITADO EN EL VASTO
CAMPO DE LA GESTION Y LAS CIENCIAS AMBIENTALES Y HOY SE SIENTEN
COMO EN UN PANTANO DE CEMENTO, Y A LOS JOVENES PARA QUIENES LA
MAYORIA DE LOS CAMINOS APARECEN COMO CLAUSURADOS.**

Prólogo

En un mundo donde cada vez se lee menos debido a múltiples razones, donde la experiencia de la lectura ya no es valorada por los jóvenes y donde la comprensión profunda de la palabra escrita es una utopía que parece alejarse velozmente, no es posible conformarse con la mirada unidimensional sobre la realidad. Hace exactamente medio siglo, la Municipalidad de Olavarría auspiciaba la publicación del “Ensayo histórico del Partido de Olavarría”. Se intentaba consolidar así el direccionamiento dirigencial hacia una modernidad ciudadana “más próspera, más dinámica, más culta”. Con estos tres adjetivos ubicuamente colocados en la frase final del primer prólogo, los autores del texto calificaban el ethos que movilizó la concreción de su construcción textual y el horizonte ideológico del comitente. Resultado de una pluralidad de búsquedas documentales, el “Ensayo...” es un texto con todos los tropos de un discurso moderno. Condensó el intento de trazar un esquema que lograra resumir un siglo completo de cambios y transformaciones locales, y sin duda estuvo guiado por una mirada pretendidamente positivista y racional. Acaso, por aquellos años, la marcada hegemonía del pensamiento evolucionista y sus vulgarizaciones desarrollistas construían el núcleo duro de un paradigma bien sedimentado. Tal hegemonía era el eje de la trama argumental desde donde se extraía el sentido de la historia, unidireccionalmente establecido hacia un progreso material indiscutible. Y es innegable que también una gran parte del pasado, de las múltiples riquezas socioculturales y de la gran diversidad étnica de Latinoamérica se pensaba solamente desde ideologías racistas y jerárquicas. El mundo indígena era el locus imaginario del atraso y sólo valía la pena estudiarlo por el exotismo de sus mitos.

No había manera de que los autores del “Ensayo histórico del Partido de Olavarría” pensaran o escribieran por fuera de las categorías morales del progreso y de la sucesión de estados evolutivos. Este modelo de interpretación del mundo era la consecuencia directa de una concepción del conocimiento producida por la aplicación de método positivista, lo que daría lugar al nacimiento de la ciencia moderna. De esta forma, la inducción y la deducción, la experimentación y la fundamentación y formalización matemática serían las herramientas fundamentales de la nueva visión del futuro. No resulta extraño comprender la confianza de los intelectuales de los siglos XVIII y XIX al decir que se lograría un progreso continuo que conduciría a la felicidad y el bienestar de todos los hombres. Pero claramente ocurrió que la historia humana no culminó cumpliendo tal vaticinio. El dominio de la ciencia moderna y una sociedad de la

abundancia no llegaron a ser la meta terminal de la evolución europea. La tesis de la certeza de las respuestas científicas, y la tesis del progreso continuo de la humanidad mediante el avance científico no llegaron a ratificarse como leyes. Ambas, que parecían haberse demostrado suficientemente durante la modernidad, se estrellaron estrepitosamente. La tesis sobre el progreso continuo de las ciencias se refutó con los trágicos acontecimientos bélicos del siglo XX. El genocidio infligido a millones de seres humanos en el seno de las sociedades que se pensaban a sí mismas como el cenit de la civilización echó por tierra la idea de felicidad universal. La carrera armamentística, la guerra fría, la crisis económica y la lucha entre los dos modelos político-económicos de los EE.UU. y la URSS acompañaron casi toda la segunda mitad del siglo XX. Los descubrimientos científicos y sus aplicaciones tecnológicas también mostraron al mundo su lado más ominoso. El poder de manipular el átomo inmediatamente trajo consigo la mayor forma de destrucción masiva de la historia. Avances y retrocesos formaron parte de una dialogicidad constante.

Así fue que nuevas revoluciones socavaron las certezas, y la física de la relatividad, la física cuántica, una nueva comprensión de la termodinámica impactaron en todos los campos del saber y socavaron los cimientos del paradigma positivista que tantos avances produjera en el siglo XIX. Nuevos vientos se levantaron en las últimas décadas del siglo XX, y hoy el siglo XXI exige nuevas condiciones de investigación en el abordaje de la reflexividad sobre el conocimiento humano y fundamentalmente en lo respecta a las crisis globales.

A pesar de todo, el texto de Arena, Cortés y Valverde sigue siendo un discurso influyente a nivel local. Es el único texto de historia regional citado en uno de los documentos programáticos que resume la ideología dominante local en los últimos años: el informe “Objetivos del Milenio” producido por la Municipal de Olavarría en el año 2015. Continuidades discursivas y linealidades de pensamiento son aceptables siempre y cuando la pretensión de discurso único no clausure los puentes de múltiples entendimientos. Por eso, cincuenta años después de la publicación del “Ensayo histórico sobre el Partido de Olavarría”, encuentro que el intento de lograr una perspectiva antropológica sobre aspectos ambientales que emergen de nuestra sociedad necesariamente debe proponerse a partir de otras tramas discursivas. En este sentido, me expongo a escribir un intento de apertura a otras direcciones de lo real y a otros sentidos, muy lejanos de las certezas que los tres autores de aquel ensayo publicado en

1967 sostenían con su elegante adjetivación. No necesito manifestar que nuestro mundo es de incertidumbres, de amenazas y de peligros. Al calor de la globalización, los horizontes sociales y políticos se resquebrajan más rápido que los hielos de los mares de la Antártida. Nuestros procesos de construcción de conocimientos se apoyan en un tejido tan quebradizo que sus múltiples interpretaciones siempre nos colocan en una permanente crisis con nuestros propios paradigmas.

Envidiando las certezas progresistas de José Arena, Julio H. Cortés y Alberto Valverde, en las próximas páginas pondré mi energía psíquica en abrir algunas ventanas sobre el presente. Desde la construcción de una mirada antropológica que no pretende ser la única posible, y recuperando algunos abordajes previos que he intentado a lo largo de mi experiencia profesional en el campo de la antropología social, le doy a este ensayo una doble formalidad. En primer lugar la formalidad de sintetizar algunas de mis propias preguntas sobre el mundo que habitamos recurriendo a productos conceptuales que han emergido de múltiples avances de la antropología. Por lo que, ciertamente, este trabajo no pretende ser de ninguna manera la continuidad de un ensayo histórico que fue la palanca que impulsó un pensamiento de época sobre la sociedad local. En segundo lugar, como todo texto incompleto y en la conciencia de las múltiples líneas de fuga discursivas que pueden ser pensadas en cada párrafo, tampoco es mi intención contestar o cuestionar los contenidos puntuales de las más de cuatrocientas páginas que integran aquella obra. Mi objetivo solamente es escribir un conjunto de reflexiones con algunas de las herramientas antropológicas de las que dispongo hoy. Cuando se redactó el “Ensayo histórico sobre el Partido de Olavarría”, lo ambiental no existía como campo de controversias científicas y culturales a nivel mundial. La antropología social argentina apenas consolidaba la primera etapa de su profesionalización, recién comenzaba a modernizar teóricamente sus visiones y sus enfoques sobre los procesos socioculturales latinoamericanos, logrando superar los sedimentos de un racismo elemental, y también recibía sus primeros impactos dictatoriales. Sucedió que en esos mismos años las persecuciones provenientes del mesianismo autoritario y racista de la autodenominada “revolución argentina” sepultaron muchos sueños, lanzaron al ostracismo y llenaron de oscuridad muchas biografías de gente extraordinariamente valiosa. La represión y el terror brutal de los años ‘70, con la “miseria planificada” y los saqueos encubiertos por el acting de la reserva moral de la Nación ahogaron toda creencia vulgar en el progreso, ya que el país retrocedió a la Edad Media en materia de ciencias sociales y concepciones de tecnología. Veinte años de esfuerzo colectivo es lo que duraría la refundación de una antropología social argentina capaz de plantear una

mirada de nuestra sociedad verdaderamente más profunda que lo que puede verse mediante la recepción tardía de las modas teóricas publicadas por el modelo anglosajón de producción científica. Y nuevamente, como si fuéramos parte de una vertiginosa cinta de Moebius, nuestra sociedad para chocar de frente con los mismos muros que aprisionaran nuestros pensamientos en aquel período tan terrible. Así es que la categoría habermasiana de la “colonización del mundo de la vida” se presenta cada vez que iniciamos sesión, y ahora que las empresas que manejan Internet son más poderosas que muchos países, las opiniones algoritmizadas crean terrores subjetivos. Para no inmovilizarme con el peso simbólico de esta realidad, libero mi deseo y mi voluntad de pensar lo que aparece en las próximas páginas.

Una particularidad local de los años en los que se escribió el “Ensayo Histórico sobre el Partido de Olavarría” fue la creación del Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría (IIAO). Único instituto de antropología financiado por un municipio en toda la República Argentina, la actividad de investigación en el campo de la arqueología y más tarde el abordaje de problemáticas sociales permitió producir la Revista Etnia, única publicación antropológica que resistió a las dictaduras militares. Esta revista se distribuía a través de una red internacional de más de seiscientos centros de investigación y a través del sistema de canje el IIAO logró reunir un patrimonio de más de once mil volúmenes de literatura especializada y actualizadísima para la época. Fue en aquella biblioteca, más precisamente, en una de las oficinas contiguas, donde pude leer sin interrupciones la obra de Arena, Cortés y Valverde. Yo apenas era, en aquellos años, un simple estudiante de antropología social que trabajaba de asistente social, en el medio de los impactos de la destrucción neoliberal de la economía argentina.

Visto desde nuestra perspectiva actual, la actividad del IIAO fue un enorme esfuerzo científico y de divulgación que redundó en la construcción de un patrimonio único. Un aspecto colateral de esta construcción es que a partir de allí se creó la Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría y el IIAO fue parte indisoluble de la carrera de antropología social de la FACSOS. Como una de las tantas paradojas de la democracia, el organismo que resistiera todas las dictaduras fue desfinanciado, abandonado y olvidado por una gestión municipal legitimada por los votos populares. Una parte no menor de los elementos que sustentan este trabajo es producto directo de muchas experiencias de trabajo en aquellas tranquilas oficinas, hoy desaparecidas.

Marcelo Sarlingo

25 – noviembre – 2017



ALGUNOS CONCEPTOS IMPRESCINDIBLES

El inicio de este ensayo no quiero hacerlo sin explicitar los principales ejes conceptuales que servirán de guía a los razonamientos que siguen y que, de alguna manera, estructuran la lógica de ordenamiento de la información. Lo que una sociedad hace con el entorno, y como consecuencia de ello se hace a sí misma, es la problemática central de este ensayo. El resultado no deja de ser una de las tantas maneras de pensar directamente en procesos tan esenciales como la reproducción de los sistemas socioculturales a partir de su articulación con el ambiente y la naturaleza. Esta cuestión acerca de las maneras en que se reproducen los sistemas sociales, según las limitaciones impuestas por sus estructuras internas y por su medio ecológico, tiene una larga tradición como objeto de reflexión en la Antropología. En torno al tema han confluído numerosos investigadores y, desde principios de los años '70 se conformaron dos fuertes corrientes de pensamiento.

Una vasta tradición de abordajes sobre la reproducción de las sociedades se origina en la corriente de pensamiento denominada Ecología Cultural, desarrollada principalmente en los Estados Unidos, que luego evolucionaría teóricamente para conformar la Antropología Ecológica, con una fuerte relación con la Ecología como disciplina superadora de la fragmentación de las ciencias naturales y metodológicamente centrada en el concepto de sistema. Más tarde, este enfoque irá mutando y algunas líneas de trabajo se transformarán en una de las modalidades principales de la Ecología Política. Mientras que, por otro lado, en una deriva teórica diferente se van desarrollando las bases filosóficas de los diversos movimientos ambientalistas, con contribuciones tan diversas como algunos textos fundamentales de la Escuela de Frankfurt (por ejemplo, Dialéctica del Iluminismo, de Adorno y Horkheimer) o las reflexiones de André Gorz sobre ecología y política, o las conceptualizaciones sobre cultura y economía escritas por Karl Polanyi.

Por lo tanto, en un primer nivel de análisis los ejes centrales de este trabajo articulan **la preocupación por enfocar el análisis en las diferencias socioculturales en cuanto al acceso a los recursos, el papel de los factores políticos en el uso y gestión de tales recursos, las dinámicas de desarrollo y sus efectos sobre el medio ambiente, y especialmente, la articulación entre contextos locales y globales.** La antropología ha demostrado que la degradación ambiental no es un problema exclusivo del capitalismo

avanzado occidental, y que en un mundo globalizado las repercusiones de los procesos de degradación son también globales. Así, para todos los continentes es válido considerar cómo la interrelación entre diversas fuerzas sociopolíticas y la articulación entre estas fuerzas y el medio ambiente afectan a los países y regiones de manera diferencial. Países y regiones que, por su débil posición en el sistema de intercambio, padecen problemas particulares de degradación ambiental, totalmente relacionados con la pobreza, la concentración demográfica y por lo tanto una fuerte presión sobre los recursos.

Pero también la antropología social ha demostrado cómo en los niveles locales también se ven directamente las repercusiones de temas controversiales como las políticas ambientales de los estados modernos, la apropiación diferencial de los recursos a escala planetaria por una minoría de sociedades y la enorme magnitud de la exclusión e injusticia social que esto genera, o la mucho más compleja perspectiva de (in)sustentabilidad del capitalismo mundializado y sus posibles transformaciones en un nuevo modo de producción apoyado en fuentes energéticas renovables. Por eso se hace necesario partir de que los procesos de reproducción de una sociedad compleja no son únicamente resultado de condiciones ecológicas y de historias regionales particulares o singulares, superando los enfoques clásicos de la Ecología Cultural, que ya tienen más de setenta años de antigüedad. En éstos se trataban los procesos productivos sin tener en cuenta sus dimensiones simbólicas más profundas y sin conectar los procesos locales con otros de diferente nivel, y además resultaba dificultosa la aproximación histórica al desarrollo del capitalismo en términos globales, como sistema. Para superar esto, en otras corrientes más recientes de la antropología, como por ejemplo la Ecología Política, se enfatizan las interrelaciones entre la sociedad y los recursos naturales, enfocando los conflictos entre clases y grupos al interior de la sociedad, y analizando los roles que juegan instituciones de diversos niveles (locales, regionales, nacionales e internacionales).

Cada sociedad posee una modalidad de relación con los sistemas naturales, y esta relación se aparece a los ojos del antropólogo y del científico social en general dotada de racionalidad intencional. *"Por racionalidad intencional entendemos un sistema de reglas conscientemente elaboradas y aplicadas para satisfacer mejor un conjunto de objetivos que traducen un cierto modo de producción y organización social"* (Godelier, M., op. cit.:20). Así es que la idea de racionalidad, que puede considerarse como central para

abordar elementos relativos al análisis de políticas ambientales, va tendiendo un puente hacia la expansión de la complejidad que caracteriza cualquier problemática ambiental (Leff, E.; 2000). Esta complejidad, entendida como “...un conjunto de interrelaciones no lineales possibilitadas por el acople de saberes, tecnologías, realidades materiales y orgánicas que conviven en tiempos superpuestos...” (Piscitelli, A.; 1995: 123), termina desbordando los límites del pensamiento moderno.

También este desborde se produce como proceso/producto del cambio en esta relación estratégica entre la Sociedad y la Naturaleza. Como efecto de la racionalidad dominante construida ya desde la Ilustración y consolidada en el siglo XIX, con un imaginario centrado en la idea moderna de que es posible el control total y la reproducción del polo natural, de que Sociedad y Naturaleza son cosas dicotómicas y contrapuestas, con dinámicas y procesos divergentes, de que el “polo social” podía llegar a socializar al “natural” y liberarse de los imperativos biológicos a un grado tal que permitiría ignorar éstos, se llega al inicio del siglo XXI con la emergencia dominante de una “Segunda Naturaleza”, tal cual lo planteara el marxismo clásico. Pero, como ésta ha sido producida industrialmente y por lo tanto, *ha pasado de ser un fenómeno exterior (dado “naturalmente” sin intervención humana) a ser una construcción social*, “producida” por las formaciones socio-económicas concretas, imaginada y actuada por sujetos colectivos contextualizados en relaciones sociales historizables. En este sentido, los recientes aportes de la etnohistoria en la región pampeana (De Jong, I. 2016) nos dan una profundidad de análisis increíblemente mayor que las posibilidades que tuvieron en los años ‘70, los redactores del “Ensayo Histórico del Partido de Olavarría”.

En Olavarría, si hay un tema que ha dejado de discutirse, es el de la cuestión de los “límites naturales a la expansión del capital”. Como fenómeno ideológico, los sectores industriales locales y los gobiernos nacionales han logrado colonizar las conciencias y dirigir las mentes de los ciudadanos hacia los imperativos del consumo. Pero no han desaparecido los aspectos controversiales derivados de que nuestra sociedad vive totalmente de recursos agotables. Por lo tanto, la exigencia de pensar en diversas alternativas de futuro con los conocimientos de que hoy se disponen sigue vigente en los mismos términos que hace setenta años, cuando se re-discutieron los fundamentos para el cobro del gravamen por explotación de canteras. Una muy buena síntesis de esta exigencia se encuentra formulada de la siguiente manera:

“...se plantea el problema de conocer los procesos que determinan la formación de los recursos naturales y los equilibrios ecológicos que sustentan a los procesos productivos. De allí se abren dos opciones teóricas: a) la incorporación de la estructura y funcionamiento de la base ecosistémica de recursos naturales y de la dinámica ecológica a la dialéctica social del proceso de producción y reproducción del capital, b) pensar el ambiente como un potencial productivo basado en la articulación de procesos productivos de diverso orden (natural, cultural, económico y tecnológico), y en los procesos ecológicos como procesos co-determinantes de la producción, llevando a una reformulación paradigmática, no sólo de la teoría de la producción capitalista, sino de todo proceso sustentable de desarrollo.” (Leff, E.; 1994:338).

Más recientemente, el antropólogo Víctor Toledo, recuperando la noción de “metabolismo entre la sociedad y la naturaleza” (Toledo, V. 2008: 7-16), y desarrolla una interpretación del fenómeno de apropiación de la naturaleza basada en el concepto de *metabolismo social*. Este abordaje permite una doble comprensión del proceso del intercambio material: ecológica y económica, y facilita la indagación de su génesis, su historicidad y su dinámica. Toledo propone un marco conceptual para el análisis económico y ecológico del fenómeno de apropiación que permite la construcción de una metodología interdisciplinaria y multi-escalar y de un modelo que integra flujos monetarios, de trabajo, materia, energía, bienes y servicios, y que los ubica dentro de espacios naturales y sociales bien definidos y concretos. La revisión de los principales factores y variables que afectan el equilibrio dinámico del proceso de apropiación, sugieren el desarrollo de una teoría económico-ecológica dirigida a entender las dinámicas, los patrones y los conflictos de las áreas rurales. Y se puede ver rápidamente que esta propuesta puede extenderse a todas las áreas de la cultura contemporánea. Pero no hay pretensión más lejana a esto último en las páginas que se leen a continuación.

Bibliografía Citada

De Jong, I.

2016 Prácticas de la diplomacia fronteriza pampeana, siglo XIX. En: *Habitus*, vol. 14, nº 2, julio-diciembre. Pp. 175-197.

Godelier, M. 1989 *Lo material y lo ideal*. Madrid, Editorial Taurus.

Leff, E. 1994 “Sociología y ambiente. Formación socioeconómica, racionalidad ambiental y transformaciones del conocimiento”. En: Leff, E. (Comp.). *Ciencias sociales y formación ambiental*. Barcelona, Gedisa Editorial.

2000 *La complejidad ambiental*. México, Siglo XXI.

Piscitelli, A. 1995 “Mixtos tecno-orgánico- Fin y recomienzo de los tiempos”. En: Vellegia, Susana, comp.: *La gestión cultural de la ciudad ante el próximo milenio*. Ediciones Ciccus, Bs. As.

Polanyi, K. 1989 (Orig. 1944). *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid, Ediciones La Piqueta.

Toledo, V. 2008 “Metabolismos rurales: hacia una teoría económico-ecológica de la apropiación de la naturaleza”. En: *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica* Vol. 7: 1-26. URL: http://www.redibec.org/IVO/rev7_01.pdf

LA SIMPLEZA DE LAS MIRADAS LINEALES

Educados en la linealidad de los razonamientos y encerrados en unicasalidades, nuestra capacidad de mirar y entender la realidad es siempre limitada. No ayudan los tiempos que corren. Los procesos de datificación del mundo, las “culturas del yo”, las tecnologías autoreplicantes, nos van aplastando con sus artificializaciones y sus nuevas materialidades. Cómo pensar el presente?. Sin duda, desde las emergencias de nuevas áreas de intersecciones. Para ello puede ser útil un primer paso: resumir en pocas páginas la linealidad de un enfoque sobre la construcción social de una territorialidad que se impone a cualquier experiencia individual y que es el proceso narrativo más frecuentemente explicitado en el terreno educativo y porqué no, identitario.

Territorio local y producción minera

Exactamente en el centro de la Pcia. de Buenos Aires se encuentra el Partido de Olavarría, uno de los más grandes y más ricos de la región pampeana. Su superficie es de 7715 km², representando el 3% de la superficie total de la Provincia de Buenos Aires. Geográficamente está definido dentro de la Llanura Pampeana en la subregión de la Pampa Alta, al estar atravesado por las sierras del Sistema de Tandilia. El Sistema de Tandilia tiene sus primeras manifestaciones en el Partido de Olavarría, y se extiende hasta el Cabo Corrientes, en Mar del Plata. Es un emergente del cratógeno de Brasilia, y sus rocas han sido desgastadas fuertemente. La larga historia geológica de la región registra hundimientos y depositaciones de sedimentos marinos, arcillas, dolomitas, etc.. Durante los últimos períodos geológicos se formaron grandes concreciones de tosca, que luego fue muy utilizada por los asentamientos (fortines, pueblos y ciudades) de la civilización blanca. En realidad, el afloramiento cristalino surge solamente en la parte culminante de las sierras. En todo el resto las rocas antiguas están debajo de un manto de sedimentos geológicamente más recientes, por lo que las explotaciones mineras deben realizar excavaciones (comúnmente llamadas “destapes”) para obtener los minerales comercializables o utilizables como insumos en procesos industriales. Esta exigencia ecosistémica obligó al desarrollo de una dinámica de transformación de la naturaleza a escala industrial, requiriendo una gran concentración de capital, mano de obra, saberes y tecnologías que hicieron del Partido de Olavarría el principal centro

minero de la Pcia. de Buenos Aires. En la organización de los factores de producción, las empresas que llevaron adelante la explotación de la piedra caliza y de la fabricación del cemento, inicialmente de capitales norteamericanos, alemanes y también nacionales, dieron un salto tecnológico que solamente pudo hacerse posible dada la eficacia en la captación de mano de obra migrante mayoritariamente de ultramar y por la conformación de un mercado de trabajo que integró a más de una decena de grupos étnicos y nacionalidades en un espacio geográfico de veinticinco kilómetros a la redonda. Se puede afirmar que la sociogénesis del hinterland olavarricense se diferencia de otras regiones del país especialmente por el desarrollo de la industria cementera durante el siglo XX.

Las estribaciones occidentales del Sistema de Tandilia comienzan dentro del territorio del Partido de Olavarría. Dentro de los límites del Partido, y analizando la orografía local se distinguen tres grupos de cerros, y alrededor de ellos se desarrollaron Sistemas de Fabricas con Villa Obrera, es decir, asentamientos originados en una explotación fabril. Esta categoría sociológica designa un tipo de microsociología particular en la cual se da una simbiosis entre la esfera de la producción y de la reproducción, en la cual la totalidad de las experiencias cotidianas están marcadas por el ritmo fabril y sobre todo por el sistema fordista en su fase de flujo continuo. Dentro del grupo de sierras denominado Septentrional se encuentra la población de Sierras Bayas, que concentra más de 3.500 habitantes. Relacionadas con los otros grupos (Central y Austral), se encuentran Loma Negra, de más de 5.000 habitantes y Sierra Chica, ambas fuertemente vinculadas a la riqueza minera. Anteriormente se destacó también la Villa Von Bernard, construida en torno a la fábrica Calera Avellaneda, que llegó a reunir bastante más de 1000 habitantes en viviendas de excelente construcción, y que fue demolida luego de la adquisición de la fábrica por capitales de origen catalán. Sus habitantes se dispersaron por todo el espacio urbano de la ciudad de Olavarría. El escenario serrano también permitiría grandes transformaciones en el plano de la articulación de la sociedad a la naturaleza. El paso de la minería artesanal a la minería industrial se produjo hace cien años en Sierras Bayas. La minería artesanal fue la primera modalidad de explotación en la región y estuvo organizada por migrantes italianos en las últimas décadas del siglo XIX. Con un proceso de trabajo íntegramente estructurado en la actividad manual del picapedrero, que se enfrentaba a la dureza geológica con unas pocas herramientas movidas por su energía vital en larguísimas jornadas tanto en verano como en invierno, la minería artesanal ya activa redes migratorias internacionales y la producción es direccionada al mercado urbano de la construcción pública. El granito de la región ornamenta los

edificios públicos de la consolidación estatal liderada por las dirigencias porteñas. Pero hace un siglo, capitales norteamericanos ponen en marcha la primera experiencia fabril de producción de cemento, a partir de desarrollos técnicos de emprendedores de origen alemán como Alfonso Aust, quien logró negociar exitosamente su “know how”. Sería la empresa norteamericana “Lone Star” la que transformaría la escala de explotación de la naturaleza al instalar la primera gran unidad productiva de la industria cementera centrada en un proceso de trabajo a escala industrial, pero también cambiaría la sociedad al establecer un sistema de relaciones de clase, en el que patrones y obreros estaban polarizados. Y esto significó un gran transformación en relación a la minería artesanal, en el que las contradicciones entre el capital y el trabajo se diluían frente a la precariedad del hábitat y de las dificultosas condiciones de reproducción cotidianas.

La riqueza minera del Partido de Olavarría es particularmente importante. Se sustenta básicamente sobre dos rubros: rocas de aplicación (85%) y minerales no metalíferos (15%). Históricamente, Olavarría ha aportado el 43% del volumen y el 25 % del valor económico de la producción minera provincial. Esta dinámica productiva llegó a generar 9.000 puestos de trabajo (tres mil directos en el sector minero y seis mil indirectos) hasta finales de la década del '70 y principios de los años '80, momento en que comienza una incorporación intensiva de tecnología a la producción, con la automatización de procesos y, por consiguiente, un reemplazo de la mano de obra no capacitada. En 1996, finalizado el proceso de modernización tecnológica del sector minero comenzado durante la dictadura militar de 1976, existían 36 yacimientos en actividad, que produjeron casi 4.000.000 de toneladas de piedra caliza, 2.500.000 de granitos triturados y 500.000 toneladas de dolomitas trituradas, con la misma fuerza de trabajo que cincuenta años antes. El sector cementero redujo progresivamente su fuerza de trabajo hasta llegar a los pocos cientos de obreros para trabajar en tres fábricas, pero sus capacidades de producción se multiplicaron.

Más de dos décadas después, la minería aparece entre las actividades que más avanzaron en el Partido de Olavarría. Solamente tomando los datos oficiales proporcionados por la Dirección de Minería de la Provincia de Buenos Aires expuestos en la Semana de la Industria que se desarrolló en Olavarría en octubre de 2017 hoy se sabe que durante 2016 se explotaron 51.223.490,39 toneladas de piedra, lo que representó un crecimiento de 1,81 % respecto de 2015. A su vez, ello significó aumentos de 4,8 % y de 10,2 % por sobre 2014 y 2013, respectivamente. El sistema minero olavarricense produjo el 50,45 % de este volumen.

En gran parte de esta riqueza (geológicamente asentadas sobre la denominada “formación Loma Negra”, estrato geológico que contiene grandes yacimientos de caliza) se encuentra el origen de las fábricas del Grupo Fortabat, que han mantenido la hegemonía en el mercado nacional del cemento durante décadas, y constantemente han diversificado sus actividades al desarrollar numerosos productos muy utilizados en el mercado de la construcción. A partir de esta expansión, que comienza a fines de la década del ‘20, se estructura un conglomerado de integración vertical que articula 8 fábricas de cemento, latifundios, empresas de transporte y de comunicaciones, etc., y que se despliega por todo el territorio nacional. A fines de los ‘80, el Grupo Fortabat adquiere la planta de fabricación de cemento de la Compañía Argentina de Cemento Portland S.A., ubicada en Sierras Bayas y perteneciente hasta entonces a capitales norteamericanos. Se inicia un proceso de concentración regional y un intento de dominio monopólico del mercado del cemento, que se potencia en los años del neoliberalismo, cuando el Grupo Fortabat logra adueñarse de concesiones del ferrocarril Roca y articular empresas subsidiarias que concentran la utilización de residuos peligrosos de otros procesos productivos para luego quemarlos en los hornos cementeros. El cambio técnico en la producción denominado “coprocesamiento del cemento” comenzó técnicamente en el 2001 en el Partido de Olavarría. Implicaba la sustitución de una pequeña parte del combustible fósil mediante residuos de otras actividades humanas, especialmente residuos de la producción de otras industrias y de productos descartados por su desgaste luego de su utilización, como por ejemplo neumáticos usados. Con la venta de todo el Grupo Fortabat a los capitales brasileños concentrados en el grupo empresario Camargo Correa, y el contexto de las políticas de expansión del mercado interno impulsadas por el gobierno de Néstor Kirchner, la producción se multiplica y el Partido de Olavarría se destaca por convertirse en el principal centro minero de la Provincia de Buenos Aires (ya que aumentan la extracción de cal, caliza, dolomita, arcilla, arena, laja y pedregullo) y el mayor productor de cemento a nivel nacional, ya que pasa a elaborar el 60% de la producción total anual del país. La producción primaria generada localmente se integra a otros procesos de carácter industrial, generando productos de alto valor agregado especialmente en el sector ceramista (producción de tejas, cerámicos, ladrillos, revestimientos, etc.), y esta dinámica induce el desarrollo de industrias que brindan servicios al sector minero, lo que permite desarrollar desde la logística (hay un parque de camiones registrado que ronda las cuatro mil unidades) hasta la investigación aplicada, a través de los convenios de las industrias con la Facultad de Ingeniería de la UNICEN.

El sector minero olavarricense creció –en la producción de granito, dolomita, arcilla, cal y pedregullo, pero especialmente impulsado por los dos primeros– a un ritmo promedio del 25,9% anual entre 1998 y 2009. La producción de cemento y clinker, por su parte, registró un crecimiento promedio anual del 4,4%, todo ello a pesar de las grandes caídas ocurridas en entre 1999 y 2002 y a las leves disminuciones verificadas en 2008-2009 en ambos rubros. Sin embargo, salarios relativos bajos y procesos intensivos en mano de obra calificada hacen que el impacto social de esta dinámica industrial sea minoritario en relación a los volúmenes de riqueza transferidos a otros circuitos de acumulación económica, algunos de ellos obviamente globales. Nada de esta tendencia se modificó en la última década y los discursos oficiales sólo se ocupan de señalar el incremento de la producción minera y de la recaudación impositiva, de la entrega de permisos de explotación por parte del Estado provincial y de la compra de maquinaria para la intensificación de la explotación de los recursos naturales.

Migraciones y sociedad

La urbanización de la región pampeana está ligada a los procesos culturales de hegemonía de la sociedad “blanca” sobre el medio natural y geográfico. El origen de las ciudades pampeanas y en especial del proceso territorial que le dio sentido a la modernización de la Región Centro de la Pcia. de Buenos Aires, fue determinado en gran parte por el modelo de desarrollo que privilegiaron los grupos hegemónicos que consiguieron prevalecer militar y políticamente en todo el territorio nacional luego del largo proceso que siguió a las guerras de la Independencia. Las ciudades fueron el instrumento que permitió una lenta pero definitiva ocupación del territorio aborígen. Se fueron creando así diversos fortines, pueblo y asentamientos que iban dejando de ser la línea de frontera a medida que se les ganaba territorio a los grupos indígenas. Este proceso de ocupación territorial era el preludio de otros: el genocidio de los pueblos originarios de la llanura pampeana, el reparto de la tierra indígena siguiendo una lógica de “botín de guerra” encubierta bajo excusas civilizatorias, la dominación y subordinación política y económica de los aborígenes sobrevivientes y el aprovechamiento del ganado, de las tierras de aptitud ganadera y agrícola y de otros recursos naturales pensando en modalidades de agroexportación que definirían la inserción internacional de la región. En realidad, en las etapas anteriores al proyecto de aniquilación denominado “Campaña del Desierto” e iniciado en 1879, la región era un vasto territorio de “fricción interétnica” de baja intensidad, y mucho antes de la ocupación militar porteña los aborígenes y los comerciantes y viajeros criollos y de origen europeo que

atravesaban la pampa en carretas tuvieron etapas pacíficas y de intercambios diversos, enmarcados en economías nómades basadas en los circuitos de tráfico de ganado que llegaban hasta la Cordillera de los Andes. Las tribus pampeanas carecían de liderazgos centralizados y su capacidad bélica era muy reducida, lo que facilitó el genocidio llevado adelante por el Ejército Argentino en todo el territorio nacional. Sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, muchos grupos indígenas habían comenzado a depender de las mercancías e incluso de las raciones de alimentos que aportaban comerciantes blancos, quienes atravesaban el territorio indio en un ida y vuelta constante de carretas. Estos viajeros se alimentaban todo el tiempo de especies animales, y los mismos autores destacan la diversidad. Empezaba también el aprovechamiento de diversos vegetales como combustibles, por ej. el tan abundante "curro", nombre popular de un arbusto que podía llegar a alcanzar 2,50 m. de altura y que constituía uno de los pocos recursos usados para leña, ante la ausencia de árboles en el ecosistema pampeano.

Específicamente en la región Centro de la Pcia. de Buenos Aires, el aporte migratorio localizado se da en períodos relativamente tempranos. La ciudad de Olavarría, en principio un pequeño fortín, fue la frontera sur de la Provincia de Buenos Aires en el momento de su fundación. El decreto que autoriza la misma está fechado en julio de 1868, pero la fundación del núcleo urbano es anterior. La primera instalación fueron cuatro manzanas espontáneamente pobladas, por el año 1855, y la fundación efectiva, por acción de Álvaro Barros, se da el 25 de noviembre de 1867. Más de treinta años antes se había fundado el Fuerte Independencia, importante centro de operaciones militares, que daría origen a la ciudad de Azul, pero los vaivenes políticos porteños y las alternativas de la ocupación territorial demoraron las medidas tendientes a la organización sociopolítica de la región.

El argumento más conocido y sostenido por la historia "oficial" en torno a la Campaña del Desierto se centra en que el emplazamiento de Olavarría se decidió en virtud de su ubicación estratégica para la defensa de los núcleos poblacionales creados años antes. Pero la realidad es que desde sus comienzos la ciudad fue, más que pueblo militar, una agrupación de comercios que acudieron atraídos por el incentivo que les ofrecía la actividad ganadera, actividad a la que no fue ajena la tribu de Catriel y de otros "indios amigos" que estaban articulados de diversas formas al "negocio pacífico de indios", que era la modalidad de relación intercultural que la sociedad porteña desarrollaba con los pueblos originarios del sur del Río Salado. El "negocio pacífico de indios" ya se había aceitado desde la época de Rosas, más de treinta años antes. Es que la zona no era un desierto a ocupar. Era un verdadero mosaico de parcialidades étnicas con una gran movilidad espacial. En este verdadero sistema de articulación interétnica, con un grado de fricción importante, los

aspectos militares se retroalimentaban con los comerciales: después de la fundación de Olavarría, los comerciantes asentados a orillas del Arroyo Azul extendieron sus operaciones "...intensificando las transacciones delictuosas por la debilidad de la vigilancia..." (Sassone, Susana, M., 1981: 31).

La ciudad de Olavarría tuvo su forma urbana determinada desde antes de nacer. Desde la época de Felipe II ya existían normativas que formalizaban las medidas y las formas de subdivisión de terrenos, tanto los destinados a espacios privados productivos como las ocupaciones públicas. El modelo de planta cuadrículada era el privilegiado en estos conjuntos de leyes, no por razones teóricas o estéticas (las ciudades europeas, con formas concéntricas o longitudinales, presentaban diseños totalmente diferentes) sino por la practicidad constatada en experiencias cuyo origen se describen en los textos de Vitrubio.¹ Pero, aunque las disposiciones de las Leyes de Indias hubieran caducado, es posible que haya sido la decantación de las experiencias expansionistas lo que determinó la conveniencia práctica del diseño "tablero de ajedrez". El modelo perseguido durante el proceso de urbanización pampeano, contenido en la Ley de Ejidos sancionada el 31 de octubre de 1870, ratifica las características prototípicas de las cuadrículas y sintetiza la continuidad de una experiencia secular.

Y fueron estas dinámicas las que van produciendo las condiciones para la llegada de diferentes colectividades de inmigrantes europeos. La estructuración de la formación social nacional comienza a desarrollarse especialmente con la afluencia de la inmigración de ultramar. Los primeros en llegar fueron los vascos, que inmediatamente se dedican a la actividad tambera, pero grupos de otras nacionalidades también comienzan a instalarse y a ocupar la tierra para destinarla a la producción agroganadera. En un par de décadas se encuentra la tierra repartida y produciendo. Vascos, españoles y franceses primero, y más tarde los italianos provenientes de muy diversas regiones de la península son los que organizan la base productiva del partido de Olavarría, transformando tierras vírgenes en espacios aprovechables económicamente. La expansión del ferrocarril realizada por los ingleses vertebró la cuestión del transporte local de manera definitiva, a partir de 1885.

Pero estos migrantes constituían trabajadores de origen étnico totalmente diferente al ideal sarmientino de pureza étnica, imaginado como resultado de la oposición entre civilización y barbarie. Expulsados de sus países de origen por complejas razones económicas, sociales,

¹ En un texto muy comentado y citado por historiadores y arquitectos, Dan Stanislawski comparó las instrucciones de Felipe II en la Legislación de Indias con los textos del urbanista romano Vitrubio, encontrando que las primeras no se destacaban por su originalidad. El valor de estos cuerpos legales reside en tanto sistematización de usos y experiencias ordenadas, asentadas no sólo en tradiciones sino también en conclusiones derivadas de la observación y experimentación. (Stanislawski, Dan, 1947 pp. 94-105).

políticas y religiosas, los inmigrantes que ocupan la zona que rodea a Olavarría trabajan muy duro. Llegan a través de cadenas migratorias muy complejas y con saberes específicos. La presencia italiana se destaca por muchas razones. En primer lugar por la pluralidad de oficios, ya que dominaban especialmente la actividad artesanal minera y la construcción. La inserción de los italianos en la minería de la zona es fundamental, ya que los empresarios italianos organizan modalidades de explotación artesanal de las rocas de aplicación ya desde las dos últimas décadas del siglo XX. Y en relación al predominio en el oficio de la albañilería y la construcción, los saberes de los inmigrantes italianos definen totalmente la imagen de la ciudad. Pero también se destacaban por su dinámica vida social, articulada en torno a la actividad mutualista. Pocos años más tarde se suman las colonias de Alemanes del Volga, y ya en el siglo XX, las industrias extractivas comienzan a atraer trabajadores de una gran diversidad de nacionalidades y grupos étnicos.

Las colectividades de inmigrantes se nuclean y marcan, con su accionar, una serie de actividades de amplio espectro, especialmente de protección social a sus integrantes. La intensidad de estos desarrollos hace pensar a los historiadores locales que "...La historia de Olavarría es en buena medida la historia de sus colectividades, especialmente en el período que va desde la fundación del pueblo...hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial" (Alonso de Rocha, A. 1988: 3). Teniendo en cuenta que a nivel territorial la ciudad de Olavarría ya jugaba el papel de centro de servicios y abastecimiento para las poblaciones rurales, en términos territoriales la sociogénesis de las canteras y los sistemas de fábrica con villa obrera es inseparable de la evolución urbana de Olavarría y también de localidades como Hinojo y Azul.

Es pertinente retomar algunos elementos demográficos para dar una dimensión diferente al proceso de construcción social del territorio. A fines del siglo XIX, la mayor cantidad de habitantes del partido vivían en zonas rurales, y la población urbana no sobrepasaba los 8.000 habitantes. En 1950, con el proceso de expulsión de la mano de obra rural interna ya desencadenado, la población de la ciudad alcanzaba a aproximadamente 27.000 personas.² Entre 1960 y 1970, la ciudad de Olavarría tuvo una tasa de crecimiento promedio del 49,4 %, ritmo de crecimiento aún mayor que el de Tandil, que fue de un 44,1 % (Sassone, Susana, op.cit.:17), alcanzando la suma de su población a 52.453 habitantes. El crecimiento poblacional no se detendría nunca, llegando al año 1980 con 64.000 habitantes (Vapñarsky,

² Las cifras numéricas las consigna Aurora Alonso de Rocha en el Tomo 2 de la publicación del Archivo Histórico Municipal, sobre datos preparados por la Arquitecta Mirta Cavalieri, de la Dirección de Planeamiento y Desarrollo de la Municipalidad de Olavarría.

César Y Gorjovsky, Néstor, 1989: 87) y al año 1991 con 75.870 habitantes (Cavalieri, Mirta 1991).

Y entre 1950 y 1990, la población de Olavarría se incrementó en casi 49.000 habitantes. El avance tecnológico y el crecimiento de la producción de la industria cementera, la expansión de los mercados internos y el incremento exponencial de la obra pública y privada dieron una base objetiva a una ideología industrialista y modernizadora, que asimilaba automáticamente crecimiento industrial y realización humana como tópicos recurrentes en los discursos dirigenciales. Esta ideología tuvo una gran eficacia para diluir las contradicciones entre el capital y el trabajo hasta la década del 70, en la que la dictadura cívico – militar generó las condiciones para la flexibilización y la posterior transnacionalización del sector cementero, proceso que se dio con total control militar, escasísima resistencia obrera y con la conformidad de la gran mayoría de los sectores políticos locales, arrasados por la eficacia política de los modelos neoliberales. El sector cementero, que otrora (hasta los años 80) llegó a emplear miles de obreros en tres grandes unidades de producción y actualmente produce volúmenes mayores que en todas las épocas anteriores, como efecto de la gran modernización y automatización de la totalidad del proceso productivo hoy solamente emplea a unos pocos cientos de trabajadores de media y alta calificación.

En términos ecosistémicos, los suelos del Partido de Olavarría también permiten una gran riqueza ganadera. Un comunicado oficial del SENASA, el 14 de julio de 2014, admite un stock vacuno de 790.370 cabezas de ganado, de gran calidad genética y libre de enfermedades (siempre según el discurso de los responsables del SENASA). Es la actividad más tradicional de la región, ya que la ganadería posibilitó la expansión de la sociedad blanca sobre las tierras indígenas, luego sostuvo los primeros tambos de los inmigrantes vascos que se establecieron en el centro de la pcia. de Bs. As. en el siglo XIX y la ganadería de cría se impuso a principios del siglo XX para abastecer mercados europeos, en una región con suelos de muy poca aptitud agrícola hasta la llegada de la soja. Más allá de la variabilidad de políticas y de la rentabilidad del negocio, las tierras del partido de Olavarría soportan el rodeo de cría más grande del país, cerca de 800.000 cabezas de ganado, con una calidad de producción de carne propagandizada como “inmejorable” y con razas base (Aberdeen Angus, Shortorn y Hereford) muy fuertes y adaptadas, a las que se les han agregado las cruza (Brangus y Bradford, entre otras), que soportan mejor las lluvias y la disponibilidad de pastos permanentes.

En los últimos veinte años, el avance sojero ha ido cambiando la dinámica tradicional de cría e invernada, y la demanda de tierras de cultivo (hasta fin del siglo XX, sólo el 10 %

de las tierras del Partido) se viene ampliando a un ritmo que todavía no está adecuadamente medido. En muchas explotaciones, el ganado que antes pastaba libremente está siendo encerrado y confinado en feedlot y en los últimos cinco años el número conocido y autorizado creció exponencialmente. Esta dinámica modifica muchos aspectos del proceso productivo de carne para consumo humano, que no son sólo espaciales (en especial el incremento del porcentaje de grasa en el tejido muscular vacuno, los aspectos siempre ocultos sobre el uso de hormonas de crecimiento bovino, los cambios en los patrones de alimentación y la administración creciente de antibióticos), pero obviamente que además tiene un gran impacto ambiental a mediano y a largo plazo, que todavía no está ni siquiera en miras de estudiarse. El volumen de desechos que los feedlot generan, mirado en conjunto, potencialmente puede impactar con nitritos y nitratos la hidrósfera local, por lo que la gestión ambiental de los vertidos al ambiente ya no es un tema menor en el siglo XXI.

Toda esta dinámica se administra y reproduce en términos capitalistas desde la ciudad de Olavarría, tradicionalmente primero fortín militar de avanzada en territorio indígena, luego centro de servicios de las zonas rurales y finalmente ciudad moderna articulada a la producción capitalista global a través de un sector de comercio y servicios que moviliza aproximadamente el 30% por ciento del producto bruto interno del Partido y que es el mayor empleador de la fuerza de trabajo local, en un rango de población total que supera los 110.000 ha.

Pero esta modernidad tiene su transparencia y su opacidad. Del intento de comprender a fondo este juego de dialogicidad entre lo más oscuro y lo que nuestra sociedad nos deja percibir lo es que surgen los siguientes capítulos.

Bibliografía Citada

Alonso De Rocha, Aurora 1988 Extranjeros en Olavarría. Archivo Histórico Municipal, Subsecretaría de Cultura y Educación, Municipalidad de Olavarría, Olavarría.

Arena, José, Cortes, Julio, Valverde, Alberto 1967. Ensayo histórico del Partido de Olavarría. Leonardo Impresora, Buenos Aires.

Cavalieri, Mirta 1991. Cifras provisionales del Censo '91 (resumen). Dirección de Planeamiento y Desarrollo, Secretaría de Obras y Servicios Públicos, Municipalidad de Olavarría.

Sassone, Susana 1983 Azul-Olavarría-Tandil-Un sistema urbano. Ed.Oikos, Estudios Geográficos Pampeanos. Nro.IV, Buenos Aires.

Stanislavsky, Dan 1977 "Early Spanish Town Planning in the New York". Geographic Review, January, pp. 94-105.

Vapnarsky, César y Gorojovsky, Néstor 1990 El crecimiento urbano en la Argentina. IIED-Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.

LOS PROBLEMAS DEL COLECCIONISMO

Todas las actividades humanas impactan en el ambiente. Simplemente porque la manera más sencilla de definir al ambiente es pensarlo como el resultado de las transformaciones de la Naturaleza producidas por las acciones de los grupos humanos. Por esta razón siempre hablamos de que el ambiente es el resultado de múltiples procesos de construcción social. Y por eso mismo, las formas en que analiza a la sociedad también son las formas en que se mira al medioambiente. A fines del siglo XXI estas formas heredan las controversias de los análisis positivistas, del reduccionismo cuantitativo y de la simplificación explicativa, y también de la reducción de la explicación a la unicausalidad.

Quienes se dedican a trabajar en temáticas clasificadas dentro del campo de la Gestión Ambiental siempre están inmersos en una coyuntura significativa: al mismo tiempo que deben simplificar su pensamiento para lograr una propuesta de “management” o receta de intervención sobre diversas problemáticas (proceso que siempre representa una simplificación máxima de la complejidad) se ven obligados a utilizar parte del capital simbólico de múltiples disciplinas y ser capaces de leer y escuchar múltiples discursos académicos. Lo que es un ejercicio de asomarse a los fundamentos de la complejidad, o por lo menos, al desafío de integrar perspectivas contrapuestas. Hoy conocemos que los saberes sobre la realidad provienen de la transformación, en la conciencia de los sujetos sociales, de prácticas culturalmente diferenciadas. Por lo que no es sólo la teoría sobre “lo ambiental” (siempre en vías de estructuración permanente) lo que sostiene este saber multidisciplinar, sino también **la posibilidad de complejizar la sistematización de una praxis**. La clásica derivación que se establece entre lo práctico y lo teórico en el conocimiento científico, no se podría garantizar totalmente al tratar las cuestiones ambientales. A las grandes dificultades epistemológicas generadas de la articulación entre “super-objetos” (Naturaleza / Cultura) se le agregan las problemáticas relacionadas con el resquebrajamiento de la idea de objetividad. La noción de objetividad, por decirlo brevemente, se resume en la premisa que sostiene que las propiedades del observador no deben intervenir en la descripción de sus observaciones. Pero aún las disciplinas científicas más deterministas están comenzando a aceptar, mientras reacomodan sus posicionamientos político-ideológicos para tratar de mantener hegemonías, que **sin observador no hay descripciones**. Por lo que la facultad de describir que cada observador ha construido históricamente es estructural en su producción simbólica.

En este sentido, “lo ambiental” aparece en los discursos dominantes como una colección de problemas. No siempre estos problemas están jerarquizados u ordenados, pero lo importante en este punto es que la presentación del campo discursivo se basa en un listado u ordenamiento de la fragmentación. Como parte de un proceso de construcción de la simplificación, es frecuente que en un segundo paso se haga una ponderación de los indicadores problemáticos, o de la manera en que se presentan los impactos a la observación sociocultural. De esta ponderación surgen índices, que terminan reduciendo el abanico de indicadores a un valor comparable con las situaciones de otros lugares o regiones. En este sentido, la construcción de índices no es más que la aplicación al “ambiente” del cálculo racional tal cual lo explicara Weber en “La Ética protestante y el espíritu del capitalismo”. Estos procedimientos son dominantes en el discurso economicista moderno. En el campo de las ciencias ambientales (de surgimiento mucho más tardío que las ciencias económicas), muchos métodos tienen expresiones subjetivas de los impactos, ya que los efectos de las actividades humanas en los ecosistemas son inconmensurables, es decir, no pueden medirse, y en otros casos, la temporalidad en que se desarrollan impide seriamente su reducción cuantitativa. Por muchas más razones que estas la mayoría de los índices solamente tienen una utilidad restringida a análisis muy sectorizados, como por ejemplo la aplicación de seguros ambientales en el ámbito de la producción agrícola.

Tenemos un ejemplo local, que no está ni bien ni mal, sino que solamente es indicador de una forma de construcción de una mirada. En una presentación realizada por el gobierno municipal acerca de las características del Partido de Olavarría se señala que: *“...Nuestro Partido muestra un índice intermedio de Riesgo Ambiental, que oscila de 0,60 a 0,80, compartiendo este intervalo con toda la zona de la Pampa Gringa y Surera”*. (Municipalidad del Partido de Olavarría. Estamos cerca. 2016:34). Ahora bien, hay muchísimas metodologías de cálculo, pero generalmente el Índice de Riesgo Ambiental (IRA) es un tipo de metodología de evaluación de aspectos ambientales compuesto por una sumatoria de otros índices. Un ejemplo del cálculo del índice nos muestra que se tienen en cuenta parámetros como los siguientes:

AL: Alcance. Corresponde a la evaluación en espacio o radio de acción en que se genera el impacto ambiental.

IF: Índice de frecuencia. Señala la frecuencia de ocurrencia de los fenómenos o de las actividades que generan los impactos ambientales.

IC: Índice de control.

IS: Índice de severidad.

Se realiza el siguiente cálculo:

$$\text{IRA} = (\text{IC} + \text{IF} + \text{AL}) * \text{IS}$$

Para lo cual, como el lector de estas páginas advertirá, se habrán de reducir muchos valores de diferentes niveles de realidad, y cada de uno de estos niveles es un recorte científico, pero no estará exento de elementos valorativos y subjetivos. Esta modalidad de presentación reduccionista a lo numérico de “lo ambiental como objeto complejo” es la preferida en los abordajes técnicos y en las descripciones producidas con finalidades de management ambiental. En Argentina, es en los años '90 en los que se estructura lo ambiental como campo de disputa política específica y en esos años la “colección de problemas” expresaba una manera de mirar.

Por eso, en años previos a la aplicación de la biotecnología a la producción agrícola pampeana y en plena época de la aplicación de las políticas neoliberales, y específicamente en relación al Partido de Olavarría vamos a encontrar un único diagnóstico sobre el ambiente local. El estudio fue realizado por el Instituto Hidrológico de Llanuras, dependiente de la Facultad de Agronomía de la UNCPBA, y también participó personal académico de la Facultad de Ciencias Humanas de Tandil. El comitente de este trabajo fue el Partido Justicialista de la Provincia de Buenos Aires, a través del diputado Mércuri, en el marco de la conformación del Pacto Ecológico Bonaerense, herramienta de acción político-partidaria que generó los primeros espacios específicos de política ambiental en el aparato provincial de la pcia. de Bs. As.

El resultado del estudio y el método de análisis de la situación ambiental local proporcionan solamente estimaciones basadas principalmente en entrevistas semiestructuradas realizadas a un número indeterminado de personas ubicadas en áreas clave de los diferentes municipios que conformaban la región Centro de la Provincia de Buenos Aires, también llamada TOA (Tandil-Olavarría-Azul). También se entrevistó a otros actores sociales como técnicos en diferentes disciplinas, productores rurales, etc. No se construyeron otros tipos de datos ni se analizaron muestras directas de porciones del medioambiente local, y sólo se verificaron en terreno las afirmaciones más importantes en cuanto al deterioro de ciertos recursos y a la presencia de agentes contaminantes. El mismo método se replicó en varias regiones del territorio provincial, pero por ahora interesa solamente la mirada sobre los problemas ambientales que emergen localmente.

El resultado del trabajo justamente sintetizaba la siguiente lista, a la manera de la “colección de problemas” que por entonces era convencional:

Problemas ambientales detectados y reconocidos en el estudio:

- a) inundaciones urbanas y rurales
- b) deficiente disposición de residuos domiciliarios, manejo atomizado de residuos industriales
- c) contaminación bacteriana de acuíferos y cursos de agua superficiales

El estudio manifiesta que no existe un **acuerdo real en torno a la magnitud de los siguientes problemas**, aunque se reconocen la presencia de **evidencias** de los mismos:

d) en relación a los suelos pampeanos, se verifican indicadores de salinización, erosión hídrica, pérdida de productividad asociada al mal manejo (tanto hipertecnológico como infratecnológico), presencia y uso indiscriminado de excesivos agroquímicos, si bien hay que tener en cuenta que se destina a actividades agrícolas sólo una proporción pequeña de la superficie total del partido (aproximadamente, 14.000 ha., lo que representaba cerca del 20 %)

e) en relación a las aguas superficiales, se arrojan efluentes domiciliarios sin tratar. El estudio califica el impacto como moderado, y otros trabajos sobre este tema puntual (Gregorini, M; 1995) dan valores más precisos de la reducción de la demanda bioquímica de oxígeno en el arroyo Tapalqué, luego de que sus aguas atraviesan la planta urbana.

f) “las aguas subterráneas presentan claras evidencias de sobreexplotación de acuíferos, confirmadas en estudios conjuntos con el Consejo Federal de Inversiones, y también presencia de nitratos, proveniente de la lixiviación de residuos urbanos” (IHlla – Pacto Ecológico Bonaerense, 1993:14). Naturalmente, en algunos lugares del Partido de Olavarría, generalmente hacia el sudoeste, el agua contiene un exceso de flúor y una alta concentración de arsénico en las primeras napas, además de vanadio (elemento en torno al cual no existe acuerdo o certeza acerca de si su presencia obedece a razones antrópicas o naturales).

g) en relación a la flora y la fauna, se da una subvaloración de recursos y la emergencia creciente de plagas, lo que en realidad habla de la debilidad de los agrosistemas; la mayoría de las poblaciones silvestres hallan sus poblaciones en franca disminución (ya sea por la caza o por la destrucción de cadenas tróficas debido al uso de plaguicidas).

h) contaminación del aire por polvillo industrial en suspensión, por ruidos y por la combustión del automotor. El diagnóstico realizado por el IHLLA clasifica al recurso aire como “...uno de los principales recursos contaminados en Olavarría por su actividad minera o derivada de ella.” (IHlla – Pacto Ecológico Bonaerense, op.cit: 14). Aunque se reconoce que no existen evidencias de afectación masiva a la comunidad, se establece la diferencia con las grandes fábricas: en tanto éstas colocaron electrofiltros para retener el polvillo, las caleras y canteras lo esparcían sin control a partir de las frecuentes

voladuras y de los procesos técnicos de fragmentación del mineral extraído. Las urbanizaciones de las zonas serranas eran, por ese entonces, las más afectadas. La zona céntrica de Olavarría, en cambio, era la más saturada por ruidos y por la contaminación derivada del transporte público y de los automóviles particulares.

Así se describían las problemáticas ambientales locales hace más o menos un cuarto de siglo. Los problemas de gestión de agua eran, por entonces, significativos, y así fue que en los mismos años se dio la privatización de Obras Sanitarias, que era el organismo estatal que se ocupaba de la gestión del agua para las poblaciones humanas. Los fundamentos para la privatización fue la necesidad de resolver pasivos ambientales e insuficiencias urbanas como el vertido sin tratamiento de las aguas cloacales a los cuerpos de agua, la insuficiencia de las redes de agua corriente y cloacas en los espacios urbanos de Olavarría y en las zonas rurales, la contaminación bacteriana de las napas freáticas más cercanas a la superficie, y sobre todo la incapacidad del Estado de financiar las inversiones necesarias para modernizar la gestión de los recursos hídricos. Todo esto se generó en un marco de destrucción de las estructuras estatales a nivel nacional y provincial, y de una disputa por la apropiación de las herramientas de gestión de los recursos hídricos llevada adelante por compañías francesas y norteamericanas. En el mismo momento histórico y con las mismas modalidades se privatizaron los recursos energéticos, y los efectos de las políticas de esos años son las realidades críticas de la actualidad.

Sin embargo, el punto central de este análisis es la inadecuación epistemológica que genera el uso de índices cuando la complejidad ambiental y la aplicación de sus principios nos permiten otros análisis y sobre todo la posibilidad de construir una mirada mucho más rica acerca de los aspectos ambientales locales.

Sin entrar en la trampa de actualizar con datos de hoy lo que pasa con el ambiente local, para salir de la lógica coleccionista hay que analizar ciertos indicadores con otras categorías. Vale la pena hacer el intento de pensar echando mano a otras herramientas. Una de estas herramientas sería comenzar vinculando elementos en una perspectiva histórico-genética. Desde aquí, los problemas ambientales aparecen como efectos de problemáticas relacionadas con los imperativos de la reproducción material y simbólica de los conjuntos sociales que integran nuestra sociedad. Existe una parte de la Naturaleza que se encuentra fuera del alcance de la Sociedad, pero que en ningún momento deja de actuar sobre la misma (el clima, la naturaleza del subsuelo, etc.). Otra parte es transformada de modo indirecto, sin que los actores hayan podido prever ni desear muchas consecuencias de la transformación: la contaminación del aire, la

eutroficación de los cuerpos de agua, los efectos derivados del cambio de uso del suelo, etc.. Y existe, fundamentalmente, la parte de la Naturaleza que es directamente transformada por la Cultura, y que a partir de ahí no puede reproducirse sin interacción (la transformación del suelo en tierra urbana y la necesidad de optimizar la función ecosistémica de soporte, la puesta en producción de áreas rurales que anteriormente no estaban intervenidas, la convivencia con los animales domésticos como satisfactor cultural, los impactos en las especies dominantes de los ecosistemas agrícolas industrializados, los espacios naturales transformados en sumideros, por ej.). Justamente, lo ambiental son los procesos de interacción entre todas estas áreas.

Los “efectos” de la Naturaleza sobre la constitución del pensamiento y del conocimiento en las sociedades están vinculados, fundamentalmente, a cuatro aspectos:

- las condiciones materiales, ecológicas y tecnológicas de la existencia social,
- los conocimientos sobre la naturaleza utilizable y explotable, o en otra terminología más precisa, el aspecto ideal de las fuerzas productivas,
- los imperativos demográficos, una de las variables de las cuales se deriva la problemática de la sustentabilidad,
- las relaciones de producción y reproducción de las diferentes formas de mercancías y bienes de uso.

Todos estos aspectos son los que originan la información que los individuos poseen acerca de las propiedades estructurales de su propia sociedad. Veamos qué tipo de información poseemos en las maneras en que se presenta lo ambiental en nuestra sociedad.

Hoy sabemos que desde los años '90 se implementaron una serie de políticas que implicaron transformaciones socioculturales muy profundas. Los impactos locales en el lugar de la naturaleza y en la naturaleza del lugar fueron impresionantes. Tres procesos produjeron efectos que se retroalimentan:

- la internacionalización de los capitales de la industria del cemento y la modernización de las unidades de producción cementera, que implicaron la desaparición directa de miles de empleos, la destrucción total de uno de los Sistemas de Fábrica con Villa Obrera que caracterizaban la zona serrana del Partido de Olavarría (la villa de Calera Avellaneda) y la modificación de las relaciones económicas y políticas que los otros dos (un sector de la localidad de Sierras Bayas y la Villa Alfredo Fortabat) mantienen con el sistema urbano de Olavarría, la ciudad cabecera del Partido y sede del poder político local.